

Fernando Giobellina Brumana

Soñando con los Dogon. En los orígenes de la etnografía francesa

Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005. 394 pp.

No ha sido una sorpresa ni una decepción; el último libro que Fernando Giobellina Brumana ha publicado presenta una documentación, una factura y un rigor que no hacen sino recordarnos el resto de su obra de investigación, abundante y fecunda, seria y a la vez apasionante. Pues, en efecto, qué difícil es aunar la documentación exhaustiva y la reflexión académica con un estilo fluido que nos hace leer este libro como si de una novela se tratase, a veces de corte realista y, siempre, manteniendo la "intriga"; parafraseando y transformando la cita de Sapir que aparece en la introducción (p. 40, n. 25), podríamos decir que la mejor monografía es la que se lee como una novela. Y, así, todos terminamos 'soñando con los dogon' o, quizás, despertando de esa aventura mítica de la etnografía francesa que supuso la Misión Dakar-Yibuti, para encontramos de cara con sus protagonistas a los que Fernando Giobellina nos acerca analizando sus trabajos y desvelando la otra cara de la Misión.

El libro se estructura en seis capítulos y un anexo, precedidos por una amplia introducción que nos sitúa en el ambiente europeo que precede y que sigue a la Misión de Marcel Griaule, ambiente que favorece el encuentro o, mejor dicho, la 'publicación' de una etnia que parece deber su existencia al etnógrafo y que ha quedado anclada

en el imaginario colectivo como la representación por excelencia de la 'pureza cultural', quizás por su difícil acceso o quizás por la necesidad de la modernidad de referirse a lo 'primitivo' como punto de salvación y de contraste, "una suerte de reserva natural de insólitos nativos metafísicos" (pp. 20-21). En definitiva, como afirma Giobellina, el interés de Griaule y de su escuela (agotada en sí misma) que, finalmente fueron beneficiarios de apoyo institucional y privado, ha hecho de los dogon el pueblo más estudiado (aunque quizás no el mejor), el objeto etnográfico francés por excelencia, la muestra de una representación que continúa en la que "los dogon juegan a ser dogon según un libreto establecido por académicos franceses" (p. 23).

La Misión Dakar-Yibuti -título del primer capítulo del libro- nació con un claro interés político-académico: Francia era un terreno baldío en el campo de la antropología, mientras el resto de las potencias ocupantes se habían dedicado a formar colecciones que exhibían en los museos nacionales, a impulsar la formación y la investigación de las poblaciones de sus colonias, en resumen, a utilizar dichas posesiones territoriales para el avance del conocimiento antropológico. Y, lo que es una evidencia, las expediciones serían la base de la mejor comprensión de unos súbditos a los que controlar. Los trabajos

etnográficos, como los etnoliterarios, se convertían así en fuente de conocimiento útil para la Administración colonial desde un doble punto de vista: la sujeción de los habitantes de los territorios coloniales, como ya recordaba, en 1853, David Boilat en sus *Esquisses sénégalaises*, y, al mismo tiempo, la puesta en valor de las poblaciones africanas consideradas por la ciencia del siglo XIX como una subespecie humana. Paralelamente a estos objetivos, estos trabajos pretendían rescatar "antes de que desaparecieran" unos mundos que, paradoja de la situación del momento, debían ser necesariamente 'civilizados' por la presencia francesa. Con estos presupuestos y la simpatía ideológica de la *intelligentsia* del momento, parte en 1931 la Misión que dirigía Marcel Griaule.

Como Giobellina subraya, "la Misión se condujo en estilo depredador; los expedicionarios actuaban como si debiesen aprovechar esa oportunidad exclusiva [...] y llenar sus alforjas de todo lo que encontrasen a su paso" (p. 81). Los rumores que corren en la época y las situaciones escandalosas son desvelados de manera que el lector es llevado por una especie de morbo que nos pone en situación de abordar los pormenores que seguirán. Pormenores excelentemente documentados que, gracias a la fluidez de la escritura del autor, nos aclaran a una realidad revisitada. Efec-

tivamente, "entre Tintín y Tartarín" (pp. 94-99), los integrantes de la Misión vivieron su aventura africana como tal, como una aventura con marcados tintes coloniales de la que salieron no sin cierta decepción. El exotismo esterado dejaría paso a la constatación de la presencia europea, a la confrontación de la realidad: la compra (cuando no expolio) de las piezas para el Museo del Trocadero, los problemas administrativos, la omnipresencia del aparato colonial. Michel Leiris reconocía, al final, que "la etnografía no me ha convertido más que en un burócrata". Él, más que ningún otro miembro de la expedición, había partido a la búsqueda de esa vivencia de la otredad que lo acompañaría, lo perturbaría, hasta el final de su vida. En su lugar encontró un cliché de sí mismo, narcisista y obsesionado por su propia vivencia, un mundo que le sirvió de reflejo de sus propios fantasmas.

El capítulo segundo de la obra (*El etnólogo y sus fantasmas*, pp. 109-166) es, desde mi punto de vista, central no sólo para desvelar la compleja personalidad del autor de *L'Afriquetantome*, sino también para entender la lectura à *rebrousse temps* -como habría dicho Birago Diop- que Giobellina hace, sin concesiones, de la etnografía que surgió de esta expedición. La presencia de Leiris y, después, de su obra, hace incómoda la pretensión del mito griaulista. Para Leiris, la añorada vivencia de la alteridad se convirtió en una experiencia terrible y desoladora de sentimientos encontrados: fascinación y repulsa, deseo y frustración. Él se sabe y siente un europeo confrontado a la impotencia de entender y ser entendido. La etnografía era el elemento base, pero Leiris no era etnógrafo sino poeta, creador. Pero, si la poesía es sinónimo de creación, ¿qué crea? ¿Cuál es la realidad que al asumir, crea y al transmitirnos, impone? Un mundo de ensoñaciones, de narcisismo, de obsesión incomprensible

(desde este lado) que quizás no fue sino una manera de intentar integrarse, de intentar dejar de ser el Uno para entrar y confundirse con el Otro. Aunque, ¿quién era el Uno y el Otro, en ese 'allí' y en 'aquel' momento? ¿Quién mide? El nativo no es tan ingenuo por el simple hecho de serlo. Y sus 'armas' no son menos duras que la propia mirada etnográfica, como constata Leiris cuya implicación emocional le hace ser el más crítico con Griaule, al mismo tiempo que "entraba en contradicción con la mirada ajena, con la condición misma de la etnografía".

A destacar, en este capítulo las páginas 164-166 en las que, a partir de las actitudes enfrentadas en el terreno y en las vivencias del mismo, Giobellina no sólo concluye el modelo etnográfico de la Misión sino que instruye sobre la ciencia misma: en etnografía "la única autenticidad es la inautenticidad o, mejor, la representación. [...] Leiris dejó de negarse como europeo; Griaule se inventó *dogon*" (p. 166). El investigador de campo que es Giobellina no deja escapar la ocasión de medir (o ¿medirse?), pero, como recuerda, la etnografía, "en cortocircuito la de Leiris, a tambor batiente la de Griaule, sólo puede ser juzgada por lo que en verdad importa: sus productos, los textos en los que presentan sus datos" (pp. 165-166). A su estudio dedica los capítulos que siguen, capítulos densos y minuciosos cuyo recorrido, sin embargo, se hace apasionante aunque no por ello, menos difícil.

En el tercero, "Griaule, la cosa etnográfica", es quizás donde Fernando Giobellina lleva a cabo la desmitificación más radical del hacer y del quehacer griauliano. En él, ayudado por una documentación importante y centrándose fundamentalmente sobre las dos obras estelares del etnógrafo (*Masques dogon* y *Dieu d'eau*), pone de manifiesto cómo Griaule y los componen-

tes de la Misión desaprovechan las circunstancias por no saber cómo abordarlas. Los mitos, las ceremonias rituales, el *awa* son vistos desde una mirada cosificante cuyo objetivo, podríamos decir, es de nuevo el expolio, aunque en este caso lo sea de intangibilidades. En palabras de Giobellina: "Griaule cumple el milagro de volver cosa, en toda su inerte e inerme dimensión, aquello que está ahí para significar" (pp. 176-177). Mal planificada, mal dirigida y apresurada (en el libro se demuestran estos extremos), la Misión de Griaule termina por ejercer una "etnología de y para Museo" (p. 205) que implicará un trasgresión del proyecto de izquierdas y progresista inicial, y que hará de los *dogon*, al mismo, tiempo un "espejismo" del propio 'descubridor'.

Un descubridor que, como un amante celoso, no se contenta con poseer el objeto amado sino que acecha y persigue lo más recóndito de él, su 'secreto'. Tal fue la vivencia (dramática, si no resultase, en la distancia y en la objetividad del análisis, tan cómica) de Marcel Griaule. A ello se consagra el capítulo cuarto del libro "Griaule, la etnografía del secreto", en mi opinión, quizás el más esclarecedor desde el punto de vista de la teoría y prácticas etnológicas: la reflexión sobre el secreto del secreto, los márgenes y sus agentes, la visibilidad e invisibilidad en ese juego, en esa representación que es el hecho etnológico. Algo sobre lo que Giobellina tiene experiencia acumulada y estudios detallados.

Aspectos estos que también se ponen de manifiesto en el quinto capítulo "Palabras sobre Palabras dedicado al valor y determinación de la Palabra Sagrada, de las diferentes Palabras (siguiendo los estudios, posteriores a la Misión, de Geneviève Calame-Griaule, hija de Marcel Griaule) y de la palabra vivida "desde el margen" de Michel Leiris. Los trabajos de Calame-Griaule quizás sean más conocidos por quienes se interesan

no sólo por los estudios etnológicos sino también por las literaturas africanas ya que *Ethnologie et langage. La Parole chez les dogon* es un 'clásico' en estos dominios desde su primera edición en 1965 (habría una segunda, aumentada, en 1987). De cualquier manera, como constata Giobellina, en este trabajo -como en el resto de los de la escuela- se vuelve a 'infantilizar' el objeto de estudio, los *dogon*, al suponerseles una retórica especialmente 'primitiva' en la que la metáfora no cabe, en la que la 'metafísica a la Griaule' se impone para conseguir un producto final "demasiado sistemático, demasiado armado, demasiado sólido; el perfecto producto de la factoría Griaule" (p. 285).

A modo de conclusión, el sexto y último capítulo (el apéndice consagrado a Artaud, me parece más bien un avance, 'un *avant-gouüt*' de lo que sin duda podría ser

otro trabajo) resume el meollo central de la etnología, ese que le faltó a Griaule y a su gente: la capacidad para abandonar el centro y dejarse llevar a los márgenes, de entrar en el juego, en la representación, en la posibilidad de ser otro sin dejar de ser uno mismo; o, lo que es lo mismo, el no pretender 'crear al otro' adjudicándole las bondades propias, la honestidad de 'no medir' desde el convencimiento de que el canon propio es la única medida. Trasvasar los límites conceptuales, no convertir al Otro en el objeto de un Yosujeto, sino ser sin dejar de ser fue la vivencia radical que acompañó a Leiris toda su vida hasta el momento de su intento de suicidio. Esa "esquizofrenia controlada" que, según Giobellina, hace que el etnólogo no sólo se asemeje al adivino sino que también lo haga al poseído; en definitiva, "en un caso como otros son actores del margen, en un caso como en otro eligen la verdad frente al poder" (p. 356).

En definitiva, éste es un libro sugerente porque abre nuevos caminos, porque propone nuevas pistas; pero también es un trabajo definitorio porque tiene la virtud de enfrentar la amplia y diversa documentación, de 'exprimirla' y de acompañar al lector en sus conclusiones. Es un trabajo que tenía que hacerse y, sobre todo, que tenía que hacerse en el ámbito español tan alejado a veces de la historiografía africana, tan alejado siempre del continente vecino. El hecho de que Giobellina sea a veces demasiado "directo" -yo diría incluso que mordaz- no hace sino añadirle al trabajo una nueva vía de comprensión: la del crítico que es capaz de saltar los límites e implicarse en la "representación de la representación".

Inmaculada Díaz Narbona
(Universidad de Cádiz)

José Lasaga et al.

El Madrid de Ortega

Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006. 480 pp.

El 18 de octubre del pasado 2005 se cumplieron cincuenta años del fallecimiento de José Ortega y Gasset cuyo pensamiento influyó e influye en la cultura universal. Ortega sigue siendo uno de los filósofos occidentales más citado y, desde luego, el primero de los españoles.

España y la cultura española actual son lo que son gracias a Ortega. Maestro de la filosofía: perceptivismo, historicismo, fenomenología... orientador de los cambios

políticos, constructor de preceptivas literarias y artísticas, consejero áulico de varias editoriales, Ortega lo es todo en el pensamiento y en las letras españolas. Gracias a él pudimos leer a Freud antes que otros o conocer a fondo el fenómeno singular, convertido en seña de identidad nacional, de la tauromaquia. Espectador de su espacio territorial y de su época, la mirada de Ortega lo recorre todo y es capaz de afirmar y de negar, de marcar el camino recto y advertir sobre el equivocado en aquella

España invertebrada que él intentó, con más empeño que éxito, modernizar. Fuerzas oscuras se encargarían de impedirlo.

Hoy, a medio siglo de distancia de su desaparición, Ortega sigue, con toda potencia, vigente. Esfuerzo loable el de la Sociedad Española de Conmemoraciones y la Residencia de Estudiantes de plasmar en una serie de actuaciones esa permanencia de la figura y el pensamiento orteguianos.

El pasado 23 de mayo, Mario Vargas Llosa abrió un ciclo de cuatro conferencias, *Entorno a Ortega*, con su locución "Rescate liberal de Ortega y Gasset", iniciando una serie que se prolongaría hasta el 21 de junio con las aportaciones de Fernando Sabater, "La vida como tema filosófico"; Javier Gomá, "Ejemplaridad pública"; y Francisco Calvo Serraller, "La perspectiva de las artes". Paralelamente, en el Pabellón Transatlántico de la Residencia, se inauguró una exposición que, bajo el título *El Madrid de Ortega* abrió sus puertas durante dos meses, del 23 de mayo al 23 de julio. En su folleto de mano se nos decía. "José Ortega y Gasset nació, creció, se enamoró, enseñó y escribió, en suma, pensó y vivió en Madrid, donde murió hace ahora poco más que medio siglo". Si como se ha dicho acertadamente el paisaje es un estado del alma, Madrid y su paisaje urbano bullen en la interioridad orteguiana. Es el Madrid de Ortega distinto a otros, es "su" Madrid.

El primero de los espacios en los que la exposición estaba dividida era «El Madrid de *Meditaciones del Quijote*» (1898-1916). Un periodo que comienza con el desastre que vacía de identidad a España y los españoles. Unamuno y Ganivet, no en Madrid, sino en Granada, en el periódico *El defensor de Granada* piensan España en una búsqueda identitaria más o menos infructuosa. Su "falso" debate, pues no aportan nada que no hubieran dicho ya en *Entorno al casticismo* e *Idearium español*, ni confrontan ni sintetizan opiniones, navegan sobre don Quijote y Alonso Quijano, el bueno, vuelto a la cordura, sobre la intrahistoria y el territorio, sobre Hegel e Hipólito Taine. Navegan y, todo hay que decirlo, desbarran. Difieren notablemente

del análisis sereno de Ortega en sus *Meditaciones*, en las que pone el dedo en la llaga al hablarnos de ese rencor ancestral que anula y empequeñece a los españoles y de esa España machadiana, zaragatera y triste, heladora de corazones, en la que los muertos siempre han dominado sobre los vivos. Esa adoración ya presente en los íberos por la muerte, por los antepasados, por lo que fue y ya no es, ha marcado históricamente nuestra ruina. Ortega, en esa época, la etapa de su inicio y consolidación como filósofo en Marburgo, se convierte en espectador de una Europa que se desangra, apenas un año antes de que tenga lugar la Revolución de Octubre y el terror pánico de la burguesía dé nacimiento al nazifascismo.

"El Madrid de las vanguardias" (1917-1928) fue el segundo espacio de la Exposición. Ortega es ya *El Espectador* que se expresa en *El Sol* y en *Revista de Occidente* y nos habla de *La deshumanización del arte e Ideas sobre la novela*, encabezando los cambios preceptivos que generarían fructíferamente una literatura y un arte nuevos.

El tercer espacio, era obligado, fue "El Madrid de la República" (1929-1936), años primero venturosos y después terribles. Ortega trajo la República, y marchó con ella al exilio. Luego volvió y pasó en Madrid sus últimos diez años; años tristes en una ciudad y una nación a las que se había privado de libertad.

Fruto de los dos eventos anteriores: Ciclo de conferencias y Exposición es el libro que hoy nos ocupa. De magnífica factura, a la que sus editores nos tienen ya acostumbrados, y con un complemento gráfico

extraordinario, *El Madrid de Ortega* es un recorrido por el mundo y el quehacer orteguianos, sobre su yo y su circunstancia que se estructuran en varios apartados: "Datos biográficos", "El yo y su circunstancia", "Salvaciones de la circunstancia" y "Paisajes vitales" resumen el "ser" de Ortega. José Lasaga, Javier Zamora Bonilla, Mario Vargas Llosa, Pedro Cerezo Galán, Jacobo Muñoz, Eugenio Triás, José Luis Molinuelo, Santos Juliá, José García-Velasco y Azucena López Cobo, Fernando R. de la Fuente, Thomas Mermall, Carlos Pereda, Helio Carpintero, Javier San Martín, Béatrice Fonck y Marta Campomar componen con extraordinario acierto los capítulos del libro, que se cierra con un inédito de Ortega, *¿Qué pasa en el mundo? (Observaciones sobre nuestro tiempo)*, cuyas dos primeras páginas manuscritas se nos ofrecen en facsímil. Se trata de una conferencia, que junto con otra Ortega impartió en el teatro Español de Madrid los días 31 de mayo y 2 de junio de 1933. Ambos textos manuscritos se conservan en el Archivo de la Fundación Ortega y Gasset.

Concluye el volumen con el apartado "Obra plástica" que reproduce cuadros y dibujos de Zuloaga, Regoyos, Beruete, Sorolla, Palencia, Echevarría, Ricardo Baroja, Sancha, Piñole, Pankiewicz, Dalí, Mallo, Barradas, Gargallo, Pelegrín, Braque, Picabia, Kandinsky, Masson, Jiménez Caballero, Bagaría, Vázquez Díaz, Moreno Villa, y Bores, seguido de la "Relación de obras y documentos expuestos" y de un inexcusable "Índice onomástico" y un "Índice (alfabético) de obras de José Ortega y Gasset".

Alberto Sánchez Álvarez-Insúa
(Instituto de Filosofía, CSIC)

Sebastián, Jesús y Muñoz, Emilio (eds.)

Radiografía de la investigación pública en España

Madrid: Biblioteca Nueva, 2006. 544 pp.

Prologado por Carlos Martínez Alonso, actual Presidente del CSIC, el libro es el resultado de "una iniciativa de los investigadores integrados en la Red CTI de "Estudios políticos, económicos y sociales de la ciencia, la tecnología y la innovación" del CSIC, que trata de complementar los esfuerzos realizados desde otros ámbitos vinculados al I+D español: el sector empresarial a través de la Fundación COTEC y la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas (CRUE)". El autor del prólogo señala que su publicación coincide con el vigésimo aniversario de la promulgación de la "Ley de la Ciencia" y que no se trata de "una visión institucional del sistema español de I+D desde la óptica del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, sino fruto de las experiencias personales de los autores y de su libre opinión".

Reflexión pues sobre el pasado reciente, sobre los logros promovidos y asentados por la Ley de la Ciencia, el libro trata sobre todo de proyectarse hacia el futuro, de plantear una perspectiva globalizadora, en unos momentos en que la "ley de agencias" va a cambiar el modelo de organización, financiación y gestión de la investigación pública, en virtud de la cual, se nos dice, el CSIC dejará de ser un Organismo Público de Investigación.

El libro se estructura en siete grandes capítulos cuyos contenidos pasamos a describir y analizar.

El Capítulo 1, "Política Científica", se subdivide en dos apartados: el primero, "Dinámica de la política científica española y

evolución de los actores institucionales", repasa, tras una Introducción, la base jurídica del sistema: Ley de Fomento y Coordinación de la I+D, Ley 13/86 de 14 de Abril, LRU, Ley de Patentes (1986) y Ley de Propiedad Intelectual, también de 1986, legislación surgida con una clara decisión reformista que, en estos momentos, está sometida a profundos cambios. A continuación se analizan los resultados de "Los agentes institucionales": Universidades, Hospitales e Instituto de Salud Carlos III, CSIC, CIEMAT, INIA, IEO, INTA, IAC e IGME. El segundo apartado, "Evolución e impacto de los planes nacionales como instrumento y coordinación de la investigación científica y el desarrollo tecnológico" analiza la evolución del contexto político y de la arquitectura institucional, sus dificultades y fluctuaciones presupuestarias, los puntos fuertes y débiles de los Planes Nacionales y el futuro del Plan Nacional. Cierra el capítulo el estudio "la I+D en el marco autonómico".

El Capítulo 2, "Comunidad Científica", se subdivide a su vez en tres grandes subcapítulos: "Estructura y dinámica de la comunidad científica española", "La cuestión de género en la investigación española" y "El sistema de incentivos y recompensas en la ciencia pública española".

El Capítulo 3, "Financiación de la I+D", aborda dos aspectos: "Estructura y flujos de la financiación de la I+D en España" e "I+D y crecimiento económico".

El Capítulo 4, "Actividad y Producción Científica", se subdivide en dos grandes

apartados, dedicado el primero a la "ciencia dura" y la tecnología, "La I+D en España a través de publicaciones y patentes"; abordando el segundo la problemática del subsector humanístico, "La investigación en humanidades: Problemas específicos".

El Capítulo 5, "Vinculación de la investigación pública y privada", describe las difíciles relaciones entre ambos sectores y divide su análisis en cuatro subapartados: "Raíces de la brecha entre industria e investigación en España", "La I+D empresarial y sus relaciones con la investigación pública española", "El flujo de conocimientos desde el sistema público español de I+D en las industrias biotecnológicas" y "Una visión empresarial del sistema público de I+D".

El Capítulo 6, "I+D y Sociedad española", revisa la relación y el impacto y recepción social de la investigación. "El espacio social de la ciencia y la tecnología: percepción, comunicación y difusión", "Participación pública en ciencia y tecnología" y "Estrategias de la divulgación de la ciencia y la tecnología en España desde el sector público" son sus tres grandes subapartados.

Finalmente, el Capítulo 7, "Dimensión Europea de la I+D española", incluye un único capítulo, "La I+D en el contexto europeo", que aborda la dimensión europea e internacional de la investigación española y sus aspectos de financiación, los "polos regionales" de innovación y el previsible futuro. Todos y cada uno de los capítulos incluyen una exhaustiva Bibliografía.

Antes de entrar en una rápida valoración del libro señalar que es fruto del conocimiento y del esfuerzo de más de medio centenar de autores que desarrollan su actividad en el CSIC o han estado vinculados a algunos de sus Institutos o a sus puestos de gestión, lo que avala sus conocimientos en materia de política científica. El CINDOC, Instituto de Filosofía, INGENIO, Instituto de Análisis Económico y el Instituto de Estudios Sociales Avanzados son los Centros del Consejo que más especialistas han suministrado al esfuerzo de redacción del libro. Las Universidades y los OPI's tampoco han estado ausentes, así como las Fundaciones y las Instituciones Autonómicas.

Ha sido tarea esforzada y noble empeño reunir a tantos y tantos especialistas en todos y cada uno de los tópicos que el estudio aborda. Empeño que ambos editores han llevado a buen término, merced a su gran preparación y trayectoria científica y de gestión. Jesús Sebastián, que comparte con nosotros la dirección de esta revista, puso

todo su esfuerzo y sus conocimientos en la etapa en que ejerció, precisamente, como Vicepresidente de Política Científica del CSIC (1983-1988), llevando a cabo y sentando también las bases de futuro de la necesaria reforma del Consejo y de sus Centros e Institutos. Emilio Muñoz, Secretario General del Plan Nacional de I+D, en esas fechas, inició y continuó el proceso de reformas tanto del sistema, como del Consejo, cuando accedió a su Presidencia. Dirige ahora el Departamento de Ciencia, Tecnología y Sociedad del Instituto de Filosofía del CSIC, uno de los que más han contribuido a la redacción del libro. Además de su labor como editores, ambos han contribuido al mismo en varios de sus capítulos. Pero, insistimos, su mejor labor ha sido reunir a los mejores especialistas en el análisis, prospectiva y gestión científica. Su gran número nos impide citarlos a todos, pero sí queremos señalar la alta calidad de sus aportaciones.

Finalizaremos señalando que el título, *Radiografía de la investigación pública en*

España, responde plenamente a los contenidos. Radiografía en la medida en que es análisis profundo, descubrimiento de aquello que se intuye, pero que de alguna manera está oculto, y también base para una necesaria terapia de cara al futuro. A riesgo de utilizar un término manido, estamos en presencia de un libro imprescindible para conocer y para actuar con conocimiento de causa en unos momentos en que se replantean estructuras, actuaciones y formas de gestión.

Empezábamos diciendo que no se trata de un libro institucional. No habría habido problema si así fuera, pero el hecho mismo de haber sido editado por Biblioteca Nueva, empresa vinculada desde sus ya casi centenarios inicios a la ciencia y la cultura española y universal, es para el lector una garantía de imparcialidad, ecuanimidad y profundidad de análisis.

Alberto Sánchez Álvarez-Insúa
(Instituto de Filosofía, CSIC)

José Luis González Quirós y Karim Gherab Martín

El templo del saber. Hacia la biblioteca digital universal

Barcelona: Ediciones Deusto, 2006. Premio Ensayo 2005. Fundación DMR Consulting. 205 pp.

Borges concebía el universo como una Biblioteca infinita que albergaría todo el saber humano. Bradbury, en su fantasía *Fahrenheit 451*, temperatura a la que el papel se inflama espontáneamente, imaginó un mundo sin libros, aunque mejor sería decir sin literatura. Hoy, las bibliotecas, al menos las bibliotecas científicas, los centros de información y documentación son

ya infinitos, en el sentido que la Física da al término: inmensidad inabarcable. El libro y la revista se van convirtiendo en objetos de culto que poco o muy poco pueden contribuir a la sociedad del conocimiento. Obviamente una obra singular puede ser consultada y leída, pero ya no sucede lo mismo con una revista científica que ofrece a sus hipotéticos lectores artí-

culos originales que nos ofrecen nuevos datos, nuevos descubrimientos. Las revistas de revistas, los abstracts, la revisiones, nos venían ofreciendo unas posibilidades de búsqueda de aquellos datos y tópicos de nuestro interés. Pero el volumen de información es tan gigantesco que ya no es posible la rebusca individual. Es más, muchas revistas, muchas enciclopedias y

muchos abstracts han abandonado el soporte papel, y hay un proceso imparable de digitalización de libros, revistas y documentos que permita doblemente el libro acceso a sus contenidos y la localización de aquello que nos interesa.

Por todo lo anterior cabe señalar la oportunidad y el acierto del libro que ahora comentamos y del que son autores el investigador y profesor de Filosofía José Luis González Quirós (Oviedo, 1947) y el físico teórico, filósofo y especialista en gestión del conocimiento Karim Gherab Martín (Zamora, 1972). El trabajo fue objeto del Premio Ensayo 2005 de la Fundación DMR Consulting.

Karl R. Popper propuso en "Epistemología sin sujeto cognoscente" que aquellas realidades que no pudieran ser reducidas a meros pensamientos subjetivos y no fuera de rigor considerar como meros objetos físicos constituirían un Tercer Mundo, un Mundo III. Este tipo de realidad sería el de las teorías, las obras de creación y el de los documentos del hombre destinados a transmitir sus conocimientos. Este tercer mundo se incorporaría así, de pleno derecho, al mundo real y al de la conciencia subjetiva.

La ontología fenomenológica tal vez no estaría de acuerdo, pero no es menos cierto que la tajante separación de Heidegger entre seres y entes y de Sastre entre en-sí y para-sí deja un vacío para aquello que la conciencia individual genera y que el otro capta. Un libro, no es igual que una piedra, ontológicamente hablando. Utilizando la terminología heideggeriana sería un ente "empapado" de ser, del ser del otro, de aquel que lo generó; y en la proposición de Sastre una forma especial del en-sí que guarda entre su superabundancia obscena un hálito del para-sí del otro, una parte de su realidad fenomenal, una de sus infinitas

manifestaciones. De ahí la justeza del planteamiento de Popper.

Pero es necesario retroceder, porque este análisis popperiano constituye la tercera parte del libro, dividido en una introducción y tres grandes capítulos. La Introducción, que abarca un buen número de páginas, se titula "Una revolución silenciosa" y viene encabezada por una cita de H. G. Wells tomada de su obra de 1938 *World Brain* que nos anticipa ya en la época en que se escribió que la memoria humana sería, en un corto espacio de tiempo, accesible a todos los individuos. Efectivamente, y según nos decía Wells, eso ni sería un sueño remoto ni una fantasía. Y así ha sido, así es. La tecnología digital, nos dicen los autores, han traspasado los límites de aquello para lo que fue concebida: el cálculo y el control, y ha entrado de lleno en el terreno de la escritura y del registro de datos. Ha surgido así, está surgiendo, una nueva forma de organización social, un nuevo *collegium* de entendidos en las nuevas tecnologías de la sociedad del conocimiento. Lamentable, pero inexorablemente, aquellos que no comprenden estas nuevas técnicas corren el riesgo de convertirse en los nuevos analfabetos, incapaces de acceder al mundo del saber.

El planteamiento de los autores es claramente un futurible, una imaginación que trata de pronosticar nuestros cambios de hábitos con respecto a los textos y la información que contienen, por más que sigamos vinculados a una "cultura del papel impreso" y tengamos serias dificultades para leer en pantalla. Es más, lejos de reducirse el consumo de papel se ha incrementado, amenazando ecológicamente a nuestro planeta. Millones de copias son impresas y destruidas, a veces para añadir una sola palabra o suprimir una coma. Pero tiempo llegará en que ese vicio de origen desaparezca. Las bibliotecas están siendo

redefinidas, pasando de ser "un almacén ordenado de ejemplares físicos a un archivo digital". Es más, pueden llegar a ser innecesarias, pudiendo el estudioso acceder a esa *Biblioteca universal* desde su puesto de trabajo, quedando los libros y documentos celosamente guardados en contenedores inaccesibles.

Dedican los autores el primer capítulo de su libro, "Historia del saber y de la escritura" a sentar las bases de ese "Incremento del saber" y, por tanto, de "La necesidad de organizar el conocimiento". Hoy, más que nunca, para crear algo nuevo, para avanzar en el conocimiento, es necesario disponer de *toda* la información previa, *bien ordenada* para no repetiros, para no hacer lo que otros ya han hecho. Cualquier científico sabe que la creación y la investigación demandan un requisito previo que es arriesgadísimo obviar: la "rebusca bibliográfica". Este planteamiento es independiente de cómo se acceda a la información y de los métodos de búsqueda que se utilicen. Repasan luego los autores "El nacimiento de las disciplinas: el árbol lógico" y su aplicación a aquellas que anteriormente no fueron consideradas como tales: Bibliografía, Biblioteconomía y Bibliotecología, y como, en un recorrido histórico, tras el nacimiento de la *Enciclopedia*, ha tenido lugar esa "universalización del conocimiento" que inspiró la obra de Diderot y D'Alambert.

El segundo capítulo, "Lógica del saber" está también dividido en cuatro subapartados. El primero de ellos, "Los procesos de evaluación: la indexación y los factores de impacto" repasan algo que está presente en todo el quehacer científico: la evaluación de la producción, según los parámetros planteados por el Garfield en 1955 desde las páginas de *Science*. Un artículo no es ya tan sólo una exposición que finaliza con una bibliografía previa en la que se

ha apoyado, es decir, de artículos citados, sino una evaluación *a posteriori* según el número de citas, de "citantes" que logra concitar y que van a quedar reflejados en el SCI (*Science Citation Index*) presentado en 1964 por el propio Garfield. A esto hay que añadir la presión a que se ven sometidos los investigadores para que publiquen sus trabajos en revistas de prestigio, entendidas como tales las que generan altos índices de impacto, las denominadas SCI. Pero, a pesar de ello, uno de los mayores problemas a que se enfrentan los investigadores es el retraso y la dilación en la publicación de sus trabajos, lo que ha traído como consecuencia, de una parte, la aparición de un número ingente de publicaciones, y de otra, un fuerte incremento de los rendimientos económicos de algunas editoriales que imponen sus revistas de prestigio a unos precios que cabe calificar de escandalosos. No vamos a insistir en otros aspectos que resaltan los autores como la *indexación por citas* y los diversos indicadores e índices propuestos, desde el de inmediatez al de vida-media o el llamado *factor de prestigio* en la biomedicina.

El segundo subapartado, "La incorporación de la tecnología digital. Bibliotecas digitales" aborda la aparición de obras directamente en la Web, sin contrapartida en la imprenta. Las emergentes bibliotecas, cuya calificación y descripción maneja las expresiones "digitales", "electrónicas" y "virtuales" sin llegar a decidirse por ninguna, plantean la necesidad de transformar un continuo de información en un conjunto de metadatos, dependientes unos del contenido y otros independientes de él. La recuperación y acceso a la información se planteó muy pronto y surgieron los primeros buscadores: *Yahoo* trasladó al mundo digital el formato tesoro, alumbrado en las bibliotecas, mientras que *Google* planteó la búsqueda directa, "a tiro hecho". Pero un nuevo problema ha surgido: "La

libertad de acceso y los derechos de autor". Mucho podría decirse del problema, pero es bien claro que la "piratería" desde el *top manta* es mínima comparada con la actuación directa de los usuarios de la red. Música, películas, juegos de ordenador y programas informáticos se "bajan" desde el ciberespacio sin generar réditos a sus creadores. Los gobiernos tratan de proteger los derechos de los autores pero se enfrentan a entrar en colisión con los usuarios. En un mundo tan cambiante en el que pronto desaparecerán prácticamente las salas cinematográficas y en el que un DVD legalmente adquirido es ya más barato que una entrada, urge crear un sistema legal que complazca a todos. No es aventurado pensar que, en plazos muy cortos, los creadores tendrán que elegir entre ser leídos, vistos o escuchados, o obtener pingües beneficios por sus trabajos. Angustiosa elección para el artista y planteamiento muy claro de aquellos a través de los cuales los beneficios se vehiculan: editoriales, productoras y distribuidoras cinematográficas, casas discográficas, etc.

Cierra el capítulo el último de los subapartados: "Economía del saber: nuevas fuentes y nuevas instituciones del conocimiento" en el que los autores repasan aspectos del máximo interés, desde la necesidad de invertir enormes sumas de dinero en la investigación científica, *Big Science*, la relación ciencia-tecnología y lo que Javier Echevarría llama *revolución tecnocientífica*, hasta la necesidad de generar nuevos identificadores como DOI (Digital Object Identifier) capaces de identificar no sólo documentos completos sino incluso partes de documentos: gráficos, texto, imágenes, sonidos, etc. y de asociar sus códigos a direcciones URL.

De nuevo el capítulo III, "El modelo popperiano" está dividido en cuatro subcapítulos. El primero de ellos, "La cuestión de los

límites entre las disciplinas" plantea el problema de diferenciar los textos de intención científica de aquellos de voluntad estética. Ambos, a juicio de los autores, deben formar parte de esa futura *Biblioteca universal*. Reflexionan luego como las obras que intentan reunir un conjunto de saberes que aspira a la casi totalidad, ponen como ejemplo la *Enciclopedia Británica*, empiezan a carecer de sentido, y añaden: "ni lo que sabemos, ni menos aún, nuestras preguntas, caben ya sobre el papel.". Tampoco es posible la búsqueda directa, que se revela perfectamente opaca, en centros de documentación o bancos de datos. La solución actual pasa por la inclusión en los documentos de una serie de descriptores que permitan lograr nuestros objetivos de búsqueda.

Al segundo subapartado, "La selva popperiana del Mundo III" ya hemos hecho referencia al inicio de esta reseña. Según Popper, nuestros esfuerzos por comprender la realidad son, desde el punto de vista epistémico, meras conjeturas. Así, frente al "ideal inalcanzable de la verdad pura y rotunda de la teoría, debemos conformarnos, las más de las veces, con aproximaciones, con proposiciones que, si bien no nos hacen desesperar de la verdad, no pueden darnos la verdad entera". Todos estos planteamientos que necesariamente debemos resumir, desembocan en el tercer subcapítulo, "La catalogación digital: descriptores popperianos y singularizadores". Todo texto científico, se nos dice, puede ser reducido a un argumento, a una serie de cadenas argumentativas. Ahora bien, la singularidad de un documento es, precisamente, su singularidad intelectual, el papel que ha desarrollado y desarrolla en una determinada ciencia. Un texto es, sin duda, una cadena de signos o, si se prefiere, un corolario oracional de carácter intencional. Su catalogación digital puede abordarse de dos formas: por su estructura argumentativa y

su datación histórica o como un concreto conjunto de signos, mediante los *descriptores popperianos* y los *singularizadores*. *Abstract* y *key-words* ilustrarían los primeros, mientras que los singularizadores permiten apostar por textos que incluyan determinados signos simultáneamente: p. e., que citen a la vez a Hill Gates, Heidegger, Ulam y Dostoyevsky.

Finaliza el capítulo y el libro con el último apartado, "La erudición digital y el porvenir de la escritura". Advierten los autores sobre un planteamiento tan aristocratizante como antiguo: el desdén al texto y a su superabundancia, ya presente en Platón. No obstante, la hipertrófica generación de textos obliga a determinadas cautelas para

separar lo verdadero de lo falso por parte de editores y evaluadores, por más que para aquellos que hacen avanzar efectivamente la ciencia hay cosas mucho más interesantes que la verdad segura. Hay demasiados intereses en juego, entre ellos el *lobby* de revistas de primera línea, que se enfrentan a los nuevos planteamientos de la información, pero nada ni nadie puede ni debe oponerse al progreso. Los autores nos ilustran del papel que pueden ejercer los *preprints* en el doble aspecto de no imponer a los autores un ritmo de publicación permitir el libre acceso de todos: es preferible tener la posibilidad de leerlo todo, nos dicen, por mas que sea imposible, que verse limitados por el filtro de un comité de publicación. La ascesis necesaria

para poner límites, para perfeccionar la producción de nuevos textos científicos sólo puede alcanzarse mediante el consentimiento activo de los respectivos gremios académicos. Ese propósito nos permitirá escribir con una nueva libertad. Y la huella digital de nuestros escritos estará, bien datada, y espléndidamente vigente en el *Templo del saber*, en la futura *Biblioteca universal*.

Así concluye este magnífico libro, ensayo lúcido, futurible que, a corto, cortísimo plazo va a ver cumplidas sus predicciones.

Alberto Sánchez Álvarez-Insúa
(Instituto de Filosofía, CSIC)

José María López Piñero ***Santiago Ramón y Cajal***

Valencia: Universidad de Valencia-Universidad de Granada, 2006. 401 pp.

Si existe una voz autorizada para historiar la Medicina y la Ciencia españolas, y dentro de ellas la figura impar de Santiago Ramón y Cajal, es sin duda la del profesor José María López Piñero. Catedrático de Universidad y creador dentro del CSIC del Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación que lleva su nombre, nos ofrece ahora un volumen excelentemente editado por su universidad, la de Valencia, y la de Granada sobre la vida y obra de Cajal, cuya figura llenaría todo el primer tercio del siglo XX en el campo de la histología y de la estructura y funcionamiento del sistema nervioso, no sólo en España sino a nivel universal. Hemos hablado de figura impar, y sin duda lo fue, pero no única, ni producto

del azar, como pretendían algunos de sus coetáneos. Cajal se nutre en el campo histológico de aquellos que fueron sus maestros y a los que superaría de inmediato. Así lo señala muy acertadamente López Piñero desde la Introducción del libro, indicando las desafortunadas aseveraciones de Ortega al respecto. Y si sus antecedentes fueron claros y cualquier historiador de la Medicina los conoce, sus consecuentes fueron también de la máxima importancia. Cajal creó escuela, y el más importante de sus discípulos, Pío del Río Hortega, completó su obra con su descubrimiento del "tercer elemento" del sistema nervioso. Pero no sólo la obra de Cajal sería ingente en el campo de la neurohistología. Su labor

impulsora y de dirección desde la Presidencia de Junta para Ampliación de Estudios, dio lugar a que la ciencia española cosechara días de gloria en el campo de la Fisiología, la Física y la Química y ya, dentro de las Humanidades, en la Historia y la Lingüística.

Estructura López Piñero su libro en once capítulos, precedidos, como ya se ha dicho, de una Introducción y completados en su final por un utilísimo Índice Onomástico. El excelente papel en el que el libro está impreso permite la reproducción de un abundante material gráfico, del máximo interés en el que se alterna fotografías de don Santiago y de sus coetáneos junto a

reproducciones facsímiles de sus escritos, dibujos y publicaciones.

El primer capítulo está dedicado a estudiar "La histología en España anterior a Cajal". A dicho tema, el autor dedica casi cien páginas, dando comienzo a su estudio en el siglo XVII, para concluir en los albores del XX, cuando ya Cajal es una figura indiscutible dentro de la Medicina española. Este recorrido extraordinario es más que un capítulo y podría considerarse un "libro dentro de un libro", pues su entidad es tal que bien podría haber dado lugar a una publicación a parte. Desfilan por él lo más granado de la ciencia española, no tan inexistente como demasiadas veces se predica, desde los microscopistas del siglo XVII como Crisóstomo Martínez a los físicomatemáticos Juan Bautista Corachán y Tomás Vicente Tosca, pues López Piñero no se circunscribe únicamente a las ciencias médicas, sino que nos describe también el conjunto de la investigación española. El XVIII, siglo de las Ciencias Naturales y de las grandes expediciones científicas, nos es descrito con detalle y reseñados sus más importantes protagonistas: José Arnau, Andrés Piquer, Sebastián Miguel Guerrero Herreros Morales y Antonio José Cavanilles. Resalta el autor el colapso que supuso para la ciencia española la Guerra de Independencia y el posterior reinado de Fernando VII y que retrasó la aparición de los primeros tratados al trienio liberal. La opresión ideológica del período isabelino cesa tras la revolución del 68 y el decreto de octubre de Ruiz Zorrilla afirma el principio de la libertad de enseñanza. Es justamente cuando Cajal estudió Medicina. La creación del Museo Antropológico por Pedro González de Velasco da entrada a los más insignes histólogos en la Escuela de Práctica Libre de Medicina y Cirugía: Federico Rubio, Rafael Ariza, Eugenio Gutiérrez González, Luis Simarro y Leopoldo López García. A ellos habría que añadir

a Rafael Martínez Molina, fundador del Instituto Biológico de Madrid y adelantado en España de la histopatología. Como la lista de nombres sería interminable anotemos únicamente algunos: el gran anatomista José María Gómez Alamá al que sucede en su actividad Elías Martínez Gil. En 1874, el gran maestro de Cajal, Aureliano Maestre de San Juan funda la Sociedad Histológica Española; tres años antes, un grupo de naturalistas funda la Sociedad Española de Historia Natural, en cuya labor destacó la figura de Ignacio Bolívar Urrutia. A ambas instituciones perteneció Cajal y publicó numerosos trabajos en sus *Anales*.

El siguiente capítulo es muy breve y nos relata la "Niñez y adolescencia en el Alto Aragón (1852-1869) de Santiago Ramón y Cajal. Le sigue otro, igualmente breve titulado "Estudiante de medicina en Zaragoza durante el período revolucionario (1869-1873); al que sucede otro que nos relata la experiencia cajaliana como "Médico militar en la tercera guerra carlista y en la de Cuba (1873-1875)" triste período de la vida de Cajal en el que estuvo a punto de morir de paludismo y disentería. Afortunadamente, su fuerte naturaleza pudo más y logró volver a España con la licencia absoluta.

"El doctorado y las oposiciones a cátedras de anatomía (1875-1883)" es el siguiente capítulo. En esa fechas, la vida de Cajal no es nada fácil. Su novia le abandona y él se recupera lentamente mientras reflexiona sobre un porvenir profesional que se dibuja incierto. Tras una experiencia docente en Zaragoza, obligado por su padre, se matricula como alumno libre en la universidad madrileña para obtener el doctorado. Entrará allí en contacto con Maestre de San Juan, y el 3 de julio de 1877 lee su discurso de doctorado sobre *Patogenia de la inflamación*. De nuevo, por presión paterna, se presentará a varias oposiciones a

cátedra sin lograr, como él esperaba, el éxito. Para colmo, su vida corre de nuevo peligro; le acontecen una terrible hemoptisis. Tras dos meses de cama y muchas vicisitudes, gana las oposiciones a director de los museos anatómicos de la Facultad de Medicina de Zaragoza cargo para el que fue nombrado en 1879. Y se casa felizmente con Silveria Fañanás. Su obra científica ha dado comienzo y se consolidará en el siguiente período, al cual el autor dedica el siguiente capítulo, "Cuatro años en Valencia (1884-1887), punto de partida de su obra científica". Son años de fuerte influencia darwinista en la comunidad científica valenciana, encabezada por Peregrín Casanova Ciurana, seguidor de Haeckel con el que mantuvo una larga relación epistolar. Cajal, tras su llegada, ingresó en el Instituto Médico Valenciano, en cuyo *Boletín* publicó sus primeros artículos científicos. A la importantísima relación con Jaime Ferrán, y el tratamiento del cólera dedica el autor la mayor parte del capítulo.

Una nueva relación establecerá Cajal, pero esta vez en Madrid con Luis Simarro Lacambra, otro de sus maestros, que le enseñaría el método de Golgi, y que López Piñero nos describe el otro breve capítulo, "La dedicación a la neuro histología y el magisterio de Luis Simarro". El siguiente está dedicado a la etapa de Cajal en la Ciudad Condal, "Cuatro años en Barcelona (1888-1892): un nuevo concepto sobre la estructura histológica del sistema nervioso". La reorganización de 1886 de los estudios de medicina supuso que la histología pasara de ser una asignatura de doctorado a integrarse en la licenciatura, generando una serie de concursos de traslado. Cajal opta, contra la opinión paterna, a la cátedra de Barcelona, prefiriéndola a Zaragoza. Cajal completa allí su preparación en anatomía patológica, y publica por fascículos y dedicado fundamentalmente al alumnado, su *Manual de Anatomía patológica*

general. Pese a que el autor lo definiera como "un resumen sin pretensiones" tuvo nueve reediciones en vida de Cajal y tres más póstumas. En esas fechas publica también sus primeros artículos en el extranjero. En 1890, y tras un trabajo frenético, publica dieciocho artículos neurohistológicos, Pero no todo iban a ser venturas, fallece su hija Enriqueta de una meningitis tuberculosa. Cajal asociaría durante toda su vida su descubrimiento de la estructura histológica del cerebelo a la muerte de la niña.

El capítulo sin duda más importante es sin duda el antepenúltimo, "Dos décadas en Madrid (1892-1914): un periodo culminante de una vida dedicada a la investigación". Cajal se incorpora a la cátedra de la Facultad de Medicina de Madrid en abril de 1892. Goza ya de gran prestigio científico, se desenvuelve en un grupo de seguidores de la nueva medicina de base experimental y cuenta con el apoyo de Julián Calleja, decano de la facultad y presidente de sus últimas oposiciones, que consigue allegar los fondos necesarios para el montaje de un nuevo laboratorio histológico. El autor enumera, uno tras otro, a los compañeros de cátedra de Cajal, nos da noticia de sus sucesivas publicaciones, nos describe sus nuevas técnicas como la doble impregnación argéntica y el método del azul de metileno de Ehrlich, nos habla de la redacción de algunos textos de carácter teórico y de su participación en diferentes congresos y reuniones científicas. Viaja a Londres y se alojará allí, durante dos semanas, en casa de Sherrington. En 1897, Cajal inicia la publicación de su gran tratado *Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados*, tema que el libro ilustra con dos excelentes esquemas de Cajal. Un año más tarde tiene lugar el gran desastre colonial que desalienta a don Santiago terriblemente. Ha llegado el momento de "regenerar" España, y Cajal expone sus ideas al

respecto en su correspondencia con Joaquín Costa. Dos décadas más tarde, lamentaría su participación en el movimiento regeneracionista. La extraordinaria repercusión de su obra en todo el mundo le hace viajar, pese a sus reticencias iniciales y a su quebrantado estado de salud, a Estados Unidos en 1899, para pronunciar una serie de conferencias. Luego, las distinciones se acumulan: la Dirección General de Sanidad, a cargo de Cortezo Prieto, crea el Instituto de Higiene y Seroterapia y Cajal es nombrado director; ocuparía el cargo, realizando una gran labor hasta 1920, en el que le sustituiría Tello, su discípulo dilecto. En 1905 recibe Cajal la medalla de oro Helmholtz de la Academia de Ciencias de Berlín y un año después, en 1906, recibe, junto a Camillo Golgi, el Nobel de Fisiología y Medicina. Ese mismo año Moret le ofrece la cartera ministerial de Instrucción Pública, y aunque en principio acepta e incluso prepara un programa de política científica y universitaria, pronto recapacita y declina la invitación. Aceptará, en cambio, la presidencia de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, cargo que ocuparía durante un cuarto de siglo. Continúa López Piñero relatándonos las contribuciones histológicas del maestro hasta llegar a los años 1912-1914. Cajal ha cumplido ya los sesenta años pero todavía idea nuevas técnicas como el formol-urano y el oro sublimado, innovaciones que serían fundamentales para los trabajos de Nicolás Achúcarro y Pío del Río Hortega.

El periodo final cajaliano nos es descrito en el capítulo anteúltimo, "Las dos últimas décadas (1914-1934): declinación de un gran sabio", es decir el que comprende la Primera Guerra Mundial, el periodo de entreguerras y el fallecimiento de Cajal. El primero de los eventos altera profundamente a Cajal como hombre y como científico, interrumpiendo su diálogo con los

laboratorios extranjeros. El maestro se entrega al pesimismo, del que dará fe su obra *El mundo visto a los ochenta años* cuyo expresivo subtítulo, *Impresiones de un arterioesclerótico* es bien elocuente. Renuncia a las tertulias y a sus largos paseos en los que, peripatéticamente, había elaborado sus mejores ideas científicas. 1922 es el año de su jubilación en la cátedra. Conoció sinsabores y también homenajes como la concesión, ese mismo año, de la medalla Echegaray de la Academia de Ciencias, la edición de un *Libro de honor de D. Santiago Ramón y Cajal* por la Junta para Ampliación de Estudios y su plasmación en dos monumentos, el de la Facultad de Medicina de Zaragoza, obra de Mariano Benlliure (1925), y la fuente del Parque del Retiro, realizada por Victorio Macho (1926) que le produjo un cierto desagrado. Flanqueado por sus discípulos Tello y Castro, Cajal continúa publicando sucesivos compendios técnicos y también sus libros de carácter literario y aquellos que podemos considerar como memorias y recuerdos. Rodeado de sus deudos y de sus discípulos fallece el 17 de octubre de 1934, a las once menos cuarto de la noche.

Tras reseñar la muerte del maestro, el libro llega a su final reseñando la segunda obra más importante de Cajal, "La escuela histológica española" y enumerando a aquellos que fueron sus discípulos: su hermano Pedro, el salmantino Domingo Sánchez Sánchez, el aragonés Francisco Tello Muñoz, el madrileño Fernando de Castro Rodríguez, el aragonés Rafael Lorente de No. Mención a parte merecen dos grandes sabios, el bilbaino Nicolás Achúcarro Lund, cuya prematura muerte privó a España de uno de sus mejores científicos, y el vallisoletano Pío del Río Hortega, figura a la que hemos tenido el privilegio de dedicar algunos de nuestros trabajos, y que completaría la obra de Cajal con sus trabajos sobre "el tercer elemento de los centros nerviosos", es decir la neuroglía y la

oligodendroglía. Pese a sus iniciales enfrentamientos, la relación final entre ambos fue cordial y don Pío, en palabras del autor que suscribimos plenamente, "mantuvo siempre frente a Cajal una postura de respeto y admiración rayana en una veneración enfermiza". A Río Hortega,

al que López Piñero dedicó un estudio memorable, dedica ahora las últimas páginas de su libro.

Ni en ciencia, ni en historia, ni en biografía alguna se tiene dicha nunca la última palabra. Pero tras la publicación de este

libro excepcional pasarán muchos años antes de que nadie pueda añadir algo a la ingente labor de su autor y fruto de su enorme madurez científica e historiográfica.

Alberto Sánchez Álvarez-Insúa
(Instituto de Filosofía, CSIC)

BAUTISTA, Amalia

Tres deseos. (Poesía reunida)

Prólogo de Jorge Valdés Díaz-Vélez. Sevilla: Renacimiento, 2006. 208 págs.

La Editorial Renacimiento de Sevilla, que dirige el poeta, ensayista, editor y librero anticuario Abelardo Linares, publica ahora, dentro de su "Colección Renacimiento", "Serie Antologías" la *opera omnia* de la poeta Amalia Bautista (Madrid, 1962) como volumen décimosexto de la serie en la que figuran Luis García Montero, Karmelo C. Iribarren, Vicente Núñez, Carlos Marzal, Juan Luis Panero, Luis Alberto de Cuenca, Rafael de León, Ricardo Defarges, Luis Antonio de Villena, Juan Gil-Albert, Claudio Rodríguez, Agustín de Foxá, Ángel Pariente y César Simón. A ellos seguirán Andrés Trapiello, Vicente Gallego, Julio Martínez Mesanza, Jon Juaristi, Miguel D'Ors y Eloy Sánchez Rosillo, que añade a su nombre unos puntos suspensivos que hacen pensar en futuras y deseables entregas, aún por determinar.

Dos aspectos son de interés al analizar la relación de los antologados. El primero su diversidad de todo orden, algo en extremo encomiable, y el segundo que, en este universo poético masculino, nuestra autora sea la primera y única mujer, al menos hasta la fecha.

Hemos indicado al hacer la descripción del libro en la cabecera que está prologado por Jorge Valdés Díaz-Vélez. Pero no es la única

digresión, el único comentario, ni la única presentación del libro y de su autora. En el texto de la primera solapa, el editor, Abelardo Linares, analiza con gran agudeza a la poeta y a su obra. Veamos la primera de sus aseveraciones:

Un poeta puede tener cien virtudes y ser, a pesar de todo, un mal poeta, del mismo modo que puede tener lo que llaman mil defectos y ser, en realidad, un gran poeta.

Y continúa:

La poesía de A. B. resulta estrictamente imprescindible para conocer la poesía actual, es decir, la poesía, pues toda poesía que nos llega es siempre actual.

Y concluye:

Sólo sé, si algo sé, que la poesía de A. B. está hecha de tiempo y para durar en el tiempo.

Nada más cierto que las anteriores consideraciones de Linares. Adelantando acontecimientos, decir que la poesía, como el ser del hombre, está hecha de tiempo, y en

aquella que tiene una alta calidad, como la de Amalia, el tiempo, ese acontecer desprovisto de espacio, como definía Jaspers, está presente en todos y cada uno de los poemas y también en el salto de uno a otro de los poemarios. Pero volvamos al prólogo de Jorge Valdés Díaz-Vélez, cuya primera definición no puede ser más exacta: el volumen es "un trecho de la vida escriturada", de la trayectoria vital y literaria de Amalia. Hay una gran diferencia entre su primer poemario, *Cárcel de amor* (1988) y el que sigue, y el otro, y el otro, hasta finalizar en el último publicado en 2005 y en los inéditos que constituirán el próximo. Hay, claro está, un hilo conductor, una immanencia poética y vital que es, lógicamente, la propia Amalia. Pero sigamos escuchando a su prologuista:

En cada poema Amalia Bautista construye el arco de tensión de un yo poético reconocible con la claridad que logra traducir en yo plural. Ahí el lector contempla, con la lucidez del asombrado, otra cara de su propio espejo.

Efectivamente, leyendo sus versos, nos reconocemos. Un hombre es todos los hombres, aseveraba Borges. Son versos, se nos dice, "engendrados en el latido de silenciosas soledades", porque todo poeta y, en definitiva, lo sea o no, cualquier hombre está

condenado a la soledad, a no participar del otro. "Yo, que tantos hombres he sido/ no he sido nunca aquel en cuyo abrazo desfallecía Matilde Urbach", nos dice "Le regret de Heraclite" de nuevo Borges. Pero adentrémonos ya en la poesía luminosa y terrible de Amalia. Cuando publica *Cárcel de amor* tiene ya veintiséis años. Se pueden escribir, y de hecho se escriben, versos antes, pero está bien empezar cuando se está enamorada, cuando se está presa en una "Cárcel de amor", cuando

[...] me has encerrado en este cuarto en el que me visitas por las tardes. Me traes dulces y libros, y me hablas de arte y literatura. Al despedirte me das un paternal beso en la frente y así hasta el otro día [...]

Mujer encerrada en la cárcel del amor, mujer niña que reivindica su ser adulto y pleno. Dos influencias claras en este primer poemario, las de Luis Alberto de Cuenca, el amigo de toda una vida, y de Julio Martínez Mesanza, el poeta que la ha compartido y con el que ha alumbrado a sus dos hijas, a las que dedica el libro, y que inspiran todos y cada uno de los versos del segundo poemario, *Cuéntamelo otra vez* (1999). "¡Otra vez, otra vez...!", gritan los niños, y hay que volver a contarles el cuento que tanto les gustó. No es extraño que la cuentacuentos, la Sherezade de las *Mil Noches* y *Una Noche* se agote en el relato:

Llevo casi mil noches fabulando, me duele la cabeza, tengo seca la lengua y agotados los recursos y la imaginación. Y ni siquiera sé si me salvaré con mis mentiras.

Hay un largo silencio, tal vez excesivo, entre el primer poemario y el segundo. Pero el silencio también es poesía. Se hacen versos cuando se tiene la necesidad de hacerlos, cuando es preciso seguir creyendo en el amor y en la vida.

Cuéntamelo otra vez, es tan hermoso que no me canso nunca de escucharlo. Repíteme otra vez que la pareja del cuento fue feliz hasta la muerte, que ella no le fue infiel, que a él ni [siquiera se le ocurrió engañarla. Y no te olvides de que, a pesar del tiempo y los [problemas, se seguían besando cada noche. Cuéntamelo mil veces, por favor: es la historia más bella que conozco.

Es preciso fabular o componer versos para seguir viviendo, a sabiendas de escuchar mentiras. Y una sola verdad, los pies de los niños, de los hijos, esos bollos de manteca que uno no se cansa de besar:

Qué feos son los pies de todo el mundo, menos los de mis hijas. Qué bonitos son los pies de mis niñas. [...] Los tienen a estrenar. Y me conmueve pensar en cada paso que aún no han dado.

Los niños todavía no han hecho de la vida un caminar. "Los pasos que aún no han dado" es un hallazgo poético que me ha conmovido. En este poemario empieza la desesperanza de Amalia, el presentir su condición de "ser hacia la muerte". Da la vuelta a los cuentos que cuenta a sus hijas. En la puerta de "La casita de chocolate" ve, como Dante, que hay que dejar fuera toda esperanza; y Caperuza descubre una frase terrible en el aullar del lobo: "Al otro lado de este bosque, niña, / sólo espera la casa en la que mueres". Y el poemario concluye con la frase de la Sagan: "Buenos días, tristeza".

Y de nuevo, el silencio. Cuatro años pasan hasta la publicación de *Hilos de seda* (2003), salidos del huso y la rueca de la poeta. Poemas sin nominar de los que el editor, para construir el índice, transcribe sus primeros versos. Amalia se ha convertido en mujer araña, parafraseando el título

de la bellísima novela de Manuel Puig, y de su boca brotan esos hilos de seda que nos envuelven y nos atrapan. Pasará sólo un año hasta el siguiente: *Estoy ausente* (2004), como decía Garcilaso. La poeta ha entrado ya en la casita de chocolate para encontrarse con la bruja canibal y, abandonada toda esperanza, sentir en la boca el sabor terrible de la "Negra bilis" de la mentira:

[...] Pobre Amalia, tan fría y racional en apariencia, tan vulnerable corazón adentro. [...]

Era todo mentira y me convenzo en el momento más inoportuno. El amor no era amor. Eran los besos una manera de apagar la sed. [...]

[...] Eres capaz de transformar el aire en alquitrán, de provocar el odio a la vida y el ansia de la muerte, [...] Ya es hora de que vayas buscándote otra víctima. En mi alma no cabe ni media gota más de ese veneno.

¿Es posible volver a ver la *Luz del mediodía* (2005)? Amalia nos dice que sí, que la felicidad todavía es posible. Hay, en un recóndito mercado indio, tal vez en Madrás o en Benarés, un recóndito tenderete, entre cuyas baratijas se esconden tres monedas herrumbrosas que al entrechocarlas en la mano nos concede cada una un deseo. Hay una seca, amputada y tenebrosa pata de mono, al menos eso nos cuenta W. W. Jacobs, que también nos los conceden. Pero hay que tener cuidado de que los deseos no se transformen en algo terrible. Debemos matar al dragón y dormir tranquilos. Tres deseos que son:

Ver el alba contigo, ver contigo la noche y ver de nuevo el alba en la luz de tus ojos.

El amor ha vuelto cuando más se
[necesitaba.

Todos necesitamos que nos quieran.
Algunos infelices, sin embargo,
no sabemos vivir para otra cosa.

El amor ha vuelto y hay que regarlo y
vivificarlo con la sangre derramada del
dragón:

Ha llegado la hora de matar al dragón, [...]

Al dragón de la culpa y al dragón del
espanto,
al del remordimiento estéril, al
[del odio,
al que devora siempre l a esperanza,

al del miedo, al del frío, al de la
[angustia. [...]

Los siete *Pecados* (2005) se han trans-
formado en ocho, por que hay que
añadir el rencor, esa pasión infame y
destructora que hay que desechar:

[...] Lo peor nos sucede

cuando la oscuridad se hace completa.
Cierra las puertas al rencor.
Si logra visitarte, se queda para siempre.

Hemos llegado al final del libro y sólo
restan un grupo de inéditos. Cerramos
este análisis con el último:

[...] Dime cuál es el puente que
[separa
tu vida de la mía,
en qué hora negra, en qué ciudad
[lluviosa,
en qué mundo sin luz está ese puente,
y yo lo cruzaré.

Trayectoria poética, Amalia se ha libera-
do de sus primeras influencias y ahora
vuela sola por el cielo de los poetas; y
trayectoria vital. Casi veinte años de vida
y de poesía.

Alberto Sánchez Álvarez-Insúa
(Instituto de Filosofía, CSIC)

VV. AA.

Filología y lingüística. Estudios ofrecidos a Antonio Quilis

Madrid: CSIC-UNED-Universidad de Valladolid, 2006, 2 volúmenes, 2.180 pp.

Precedidos por una fotografía del tristemen-
te desaparecido profesor Antonio Quilis,
gran maestro de la Fonología española, tres
instituciones, el CSIC, la UNED y la Universi-
dad de Valladolid acaban de editar dos grue-
sos volúmenes en su memoria, pero previstos
desde antes de que nos sorprendiera a todos
su rápida desaparición. Así nos lo recuerda
en "*Ab imo cordis*" César Hernández Alonso,
texto que antecede a todos los demás y que
va seguido por una completa Bibliografía de
Antonio Quilis que corre a cargo de Margarita
Cantero y Celia Casado-Fresnillo. Tras
ambos apartados, se incluyen hasta siete
dedicatorias de María Vaquero, Alonso
Zamora Vicente, Juan María Díez Tabeada,
Gregorio Salvador, Joaquín Benito de Lucas,
Pilar Ruiz-Va Palacios y Antonio Quilis Sanz.

El resto de los trabajos se estructura en
varios apartados que se corresponden con
aquellas que fueron las grandes inquietudes
y trabajos científicos de Quilis: FONÉTICA
Y FONOLOGÍA, agrupa catorce artículos,

GRAMÁTICA, dieciocho, LÉXICO Y SEMÁNTI-
CA, quince, VARIACIÓN, que agrupa los tra-
bajos relacionados con Filipinas y América
del Sur, veintiuno. Este último apartado da
cierre al primer volumen que, siguiendo el
planteamiento del primero, nos ofrece hasta
cinco apartados más: HISTORIA DE LA LEN-
GUA, con doce artículos, LINGÜÍSTICA GE-
NERAL con siete, LINGÜÍSTICA APLICADA.
ANÁLISIS DEL DISCURSO, con seis, HISTO-
RIOGRAFÍA con diecisiete y, finalmente, LITE-
RATURA con veinte. Por supuesto, los ciento
treinta artículos son obra de otros tantos
especialistas de todo el mundo. Solamente
una figura científica con la proyección inter-
nacional de Antonio Quilis podía agrupar a la
práctica totalidad de las universidades espa-
ñolas y de Europa, Asia y América en su
homenaje. Lo encabezan, por número de tra-
bajos, las tres entidades coeditoras, el CSIC, la
UNED y la Universidad de Valladolid, y a ellas
se unen, como ya se ha dicho, el resto de
nuestras universidades y diversas institucio-
nes como la RAE, el Instituto Cervantes, la

Biblioteca Nacional, la Asociación española
de Estudios del Pacífico, Embajadas y Conse-
jerías de Educación. La participación interna-
cional está lógicamente centrada en las
universidades americanas: México, Venezue-
la, Costa Rica, Ecuador, Perú, Argentina y
Puerto Rico, varias de Estados Unidos, Filipi-
nas, Japón, Corea y una notable representa-
ción de las europeas: Francia, Italia, Suecia,
Bulgaria, Holanda y Reino Unido.

Cierra el segundo volumen una tabla gratu-
latoria que reúne, de nuevo, a la práctica
totalidad de los científicos relacionados con
los múltiples campos de trabajo del profesor
Quilis.

Merecido homenaje, entrañable recuerdo de
un gran maestro y conjunto excelente de tra-
bajos, todo ello da a esta publicación una
dimensión y una importancia extraordinarias.

Julia María Labrador Ben
(Facultad de Filología, UCM)